

ORFANATO "LES SAINTS INNOCENTS"

ZINIARÉ - BURKINA FASO

LLEGADA A UAGADUGÚ Y PRIMERAS IMPRESIONES

Nada más llegar no podíamos dejar de mirar a todos y todo a nuestro alrededor, resulta diferente, chocante pero sobre todo sorprendente lo rápido que uno se adapta a un mundo tan diferente. Puede que nos hubiéramos hecho una idea previa de lo que nos íbamos a encontrar, pero al llegar allí, no es lo que ves lo que te impresiona, si no lo que sientes. Estando allí notas la sencillez, la transparencia, la pureza de la gente y las relaciones. Al momento te das cuenta, de que quizá partías de una idea equivocada y de que, podrás echar una mano, colaborar y transmitir alguno de tus conocimientos, pero sabes que tú te vas a llevar también una lección de vida inolvidable.

Tras la primera noche en la capital, salimos hacia Ziniaré con ganas de conocer el orfanato. Y nuestra primera impresión fue muy positiva. Las instalaciones son relativamente buenas, el orfanato cuenta con una escuela y amplias zonas de juego para los niños. Allí conocimos a las monjas que dirigen el centro y al resto de voluntarios, quienes nos guiaron y ayudaron y respondiendo rápidamente a las miles de preguntas y dudas que les planteábamos.



LA VIDA EN EL ORFANATO "LES SAINTS INNOCENTS"

Resulta evidente que los niños que viven en el centro tienen unas condiciones de vida muy superiores a las del resto de los niños en el país, pues tienen asegurada la alimentación, el cuidado médico y la educación. Allí viven unos 140 niños, en su mayoría de edades comprendidas entre 0 y 12 años. Es un centro católico dirigido por

monjas y está financiado por diversas instituciones católicas, ONG's y donaciones o apadrinamientos particulares. Los niños viven atendidos por cuidadoras que tienen a su cargo grupos de 8 o 10 niños. En su mayoría son mujeres viudas a las que se les ha dado la oportunidad de trabajar y vivir en el orfanato. Por lo general resultaban cariñosas con los niños, si bien el trato que reciben no se parece demasiado al que estamos acostumbrados en occidente.



Cada mañana preparábamos una clase de español para los niños de mediana edad y otra de inglés para el más mayor de todos, de 18 años y que quería estudiar en la universidad. Para los niños más pequeños, solíamos preparar actividades, manualidades, juegos, etc. Es bastante complicado controlarles para que presten atención, nosotros recomendaríamos no llevarles nada que pudiera distraerles, y si se lleva algún tipo de material a la escuela como pinturas, globos o pegatinas, hacerlo al final de la clase o actividad.



SENSACIONES SOBRE EL VOLUNTARIADO

A pesar de lo bien que cuidan a los niños en el orfanato, no podemos olvidar que viven fuera de un entorno familiar, lo que más falta les hace es afecto, cariño y atención. Todos los voluntarios establecimos fuertes vínculos con los niños, e inevitablemente teníamos nuestros “favoritos”. A pesar de nuestras dificultades con el idioma, comunicarse con los niños es sencillo, basta con gestos, miradas, sonrisas y juegos para no querer separarse de ellos.

El albergue en el que nos alojábamos los voluntarios era prácticamente como un hotel con todas las comodidades; además, los horarios de los niños, permiten descansar, relajarse e incluso hacer excursiones, por lo que uno no puede evitar tener la sensación de aportar poco o muy poco en aquel lugar. En ocasiones se tiene una especie de sentimiento de culpa, pues sólo con asomarse a la calle el choque resulta enorme. Aun así, la mayoría de los días volvíamos al albergue con la sensación de haber pasado un gran día, satisfechos y contentos por el trabajo realizado... por lo que habían aprendido los niños, lo que habíamos aprendido nosotros, por las risas, por los juegos, etc.

La despedida fue dura, y los primeros días en España lo fueron aún más, pues en ese momento tu realidad de siempre se presenta como algo diferente pues irremediamente tu forma de verla ha cambiado.